

tan noble por su hermosura y viveza de los colores, y por el arte con que estaban distribuidos, que creo no haber visto cosa semejante, no diré mejor en los antiguos ni en los mejores pintores modernos.» Después de la conquista, con la destrucción y envilecimiento de la raza conquistada, fué decayendo este ramo: á fines del siglo pasado, solo se practicaba en Pátzcuaro capital del antiguo reino de Michoacan, aunque sin la perfección que se le daba en los antiguos tiempos. Actualmente no sé si aun queden algunos restos de este ramo tan importante; pero es probable que por ser una producción especial y exclusivamente nacional, habrá cedido al poderoso y funesto influjo extranjero, que con tan furioso encono se ha ensañado contra nuestra infortunada nación, porque habiendo sido débiles nuestros gobiernos, han subalternado los grandes y sagrados intereses de la patria á las mezquinas ambiciones de una nacionalidad extraña.

CAPITULO VII.

Arquitectura y demas artes de los mexicanos: vestido, alimento y diversiones.

La arquitectura fué conocida y practicada en estos países, desde tiempos muy remotos, segun consta de la historia de los toltecas: al principio fué muy imperfecta; pero con el transcurso de los años se fué adelantando, como todas sus demas partes. Las casas de los pobres eran de adobe, ó de piedra y lodo como son actualmente; y las de los señores principales aunque muy inferiores á los edificios europeos, eran regulares y bastante cómodas, particularmente cuando descubrieron la cantera de *Tetzontli*. La construcción de las paredes, era de piedra y

cal: se distribuian en salas y otras piezas para los demás usos domésticos, formando algunas veces dos pisos: los techos eran de madera labrada de ciprés ó de cedro; tenían varios patios, jardines y estanques: se usaban las cornizas y otros adornos, que como lazos labraban en torno de las puertas y ventanas, y en algunos una gran serpiente, que después de girar su cuerpo rodeando todas las ventanas del edificio, venia á concluir en actitud de morderse la cola; y no usaban puertas de madera, porque creían que el respeto á la ley, garantizaba la seguridad de los hogares, poniendo solo unas cortinas de lienzo ó de estera, para evitar la vista de los que pasaban. Los palacios de los reyes y de los grandes señores se adornaban con columnas cilíndricas ó cuadradas, de mármol ó de alabastro, y que muchas veces hacían de una sola pieza: el pavimento era de una especie de mezcla muy blanca, la cual servía también para cubrir las paredes, quedando tan relucientes por su bruñido, que les daba una vista como si fuera de plata; y la primera vez que un espectáculo semejante se presentó á los ojos de los conquistadores, sintieron latir su corazón agitado por el interés de tanta riqueza.

Entre las obras públicas, son dignas de llamar la atención, las que empleaban para dar solidez al fango sobre que levantaban sus edificios: los acueductos para proveer de agua potable las ciudades, siendo de ellos los mas célebres, el que conducía el agua á los jardines reales del palacio de Tecutzinco, sitio de reereo para los reyes de Tezcoco; y los dos de Chapultepec á México, de los cuales el primero fué dirigido por el célebre Nezahualcoyotl, durante su permanencia en Tenoxtitlan, cuando se hacía la guerra contra la nación tecpaneca. A mas, los grandes diques para preservar á la capital de las inundaciones, y otros muchos edificios, como el palacio de Mictlan en la mixteca que tenia una gran sala, sostenido su te-

cho por columnas de piedra como de veinte varas de altura; y los de Cuanahuac de que hablé en el tomo primero. En todos estos edificios, á mas del mérito de la arquitectura, hay que admirar la habilidad para cortar y labrar las piedras sin los instrumentos necesarios, y el esfuerzo para colocar en grandes alturas aun aquellas de tamaño desmesurado.

Labraban tambien la piedra itztli, de la cual hacían espejos, los dientes de su terrible *Maquahuítl* ó espada, los cuchillos para los sacrificios y demas usos domésticos, y las navajas de los barberos. Pulian con esmero las piedras preciosas, como las esmeraldas, turquesas eornerinas, chalchiuitl y otras, dándoles admirables figuras. Clavijero hablando de la inmensidad de estas alhajas que fueron llevadas á la corte de España dice: «Una de las esmeraldas de Cortés tenia la forma de una rosa: otra la de una corneta; otra la de un pez con los ojos de oro: otra era una campanilla con una perla fina en lugar de badajo y en la orla otra inscripcion con letras de oro: *Bendito quien te crió.* La mas preciosa y por la cual ofrecian los genoveses los cuarenta mil ducados, era una copa con el pié de oro, y cuatro cadenillas del mismo metal que se unian en una perla á guisa de boton: la orla era un anillo de oro con esta inscripcion: *Inter natos mulierum non surrexit major.* Estas cinco piedras trabajadas por los mexicanos de orden de Cortés fueron señaladas por él, á su segunda muger la noble Sra. D^a Juana Ramirez de Arellano y Zúñiga: joyas superiores á cuantas tenian las señoras españolas.

Los alfareros y carpinteros labraban el barro y la madera haciendo toda clase de objetos necesarios para los usos domésticos y otros de pura curiosidad.

Los tejedores hacían telas de algodón, de pelo de conejo, liebres y otros animales, de hilo de palma y de una especie de maguey llamado *quetzalichitli* y otros de plu-

ma con que suplían la seda. Unas telas eran burdas y gruesas que servían para el vestido del pueblo, y otras habia muy finas para los nobles. Las mugeres pobres solo usaban una camisa llamada *huipili* y una manta cuadrada que se llamaba *cueilt* con la cual se ceñían desde la cintura hasta media pierna: los hombres usaban el *maxtlat* ó faja larga puesta en la cintura y con las estremidades pendientes delante y detras, y el *tilmatli* especie de capa puesta sobre la espalda cuyas estremidades se ataban al pecho. Los ricos se vestían con telas finas y usaban dos ó tres capas, teniendo sus ropas varias figuras de pájaros ó de otra clase, ó algunas entre telas de pluma, y se adornaban con vistosos flecos de algodón, ó figuras de oro que guarnecían principalmente el *maxtlat*; llevando en las orejas y el labio inferior, pendientes de esmeraldas, perlas y otras piedras engastadas en oro, poniéndose tambien collares, pulseras y otros adornos en las piernas. Las mugeres de los ricos, hacían de estas mismas telas sus vestidos, pero llevaban dos ó tres *huipilis*, otras tantas enaguas, siendo mas largas las de abajo, para que pudieran verse todas, que iban muy adornadas por la parte inferior: en el invierno llevaban sobre el *huipili* un ropón hasta medio muslo, con las mangas anchas y adornado de plumas, flores y otras alhajas segun la comodidad de sus familias. El calzado era una sandalia con la planta de alguna piel y sujeta al pié con cordones de algodón ó hilo de maguey. Las mugeres usaban el pelo suelto, y los hombres lo llevaban regularmente trenzado. Tambien ocupaban su atencion el estudio de la naturaleza, para conocer las distintas enfermedades á que el cuerpo humano estaba sujeto, así como las virtudes de los objetos de los tres reinos de la naturaleza, animal, vegetal y mineral, para aplicarlos convenientemente á sus necesidades. Estos maravillosos conocimientos se enseñaban de padres á hi-

jos y su general aprendizaje eran las obras de medicina indígena. También aplicaban con mucha destreza las sangrías y los baños no solo de agua, sino los que llamaban de *temazcali*, que era una especie de horno donde el enfermo recibía un sudor tan copioso, que hacía salir los humores más gruesos y tenaces. Conocían el uso de la cirugía y curaban toda clase de heridas, llagas, tumores, luxaciones y fracturas. La herida grave que el conquistador Hernán Cortés recibió en la cabeza en la batalla de Otumba, le fué hábilmente curada por los médicos de México.

Los mexicanos usaban alimentos muy frugales y eran sóbrios en la comida, aunque tenían gran provisión de comestibles para sus banquetes. El pan de que hacían uso era de maíz: uno amasado con huevos que llamaban *tamali*, y otro que es la tortilla que actualmente se usa entre nosotros. Su método para cocer el maíz en agua de cal, el de molerlo en el *metalli* y de cocerlo en el *comali*, es el mismo empleado hasta hoy. Algunas veces á las tortillas se mezclaba la flor *Cualzonliojochitl* ó alguna otra planta medicinal para hacer más gustoso el alimento y exitar el calor en el estómago. Los nobles y los ricos hacían otro pan con la harina del maíz rojo. También usaban la bebida llamada *atoli*, que hasta hoy se usa entre nosotros, con bastante generalidad en el pueblo y como el más propio alimento para los enfermos. Era muy común entre los ricos, la bebida preparada con el cacao molido con igual cantidad de una semilla llamada *pochotl*, aromatizada con *Hilzochitl* ó *baenilla* y en dulzado con miel: esto puesto al fuego en una vasija con la correspondiente cantidad de agua, la agitaban con un instrumento que en español se llamaba molinillo. Esta bebida llamada chocolate no solo está generalizada entre nosotros, sino en las naciones de ambos continentes.

Los demás alimentos, eran toda clase de peces, insectos,

aves acuáticas, conejos, liebres, venados, techiches, y multitud de animales recogidos en la caza, los pavos y codornices, el frijol, una variada multitud de legumbres y raíces; todo lo cual condimentaban con sal, chile de diversas clases y tomate. También gran provisión de frutas como el mamey, piña, chirimoya, varias clases de zapolt ó zapote, aguacate, pitalla, capulín, ó tunas de innumerables clases y algunas otras. Tenían en abundancia la miel, así de colmena como de maguey y tuna; y de las mismas plantas y algunas otras sacaban el azúcar. Fabricaban el vino del jugo de la caña, de la tuna, de la pitalla, de la palma y principalmente del maguey. Al de esta última planta llamaban *octli* y los españoles pulque.

Lo que absolutamente no correspondía ni al esplendor de sus adornos, y joyas de oro y piedras finas, ni á la magnificencia de sus palacios eran los muebles y servicio de la casa: sus asientos eran unos banquillos de madera y otros de junco ó *otatl*, que entre ellos tenían el nombre de *icpali* y en español equipales: la gente pobre no usaba otra cama que una estera, y por cubierta la *capa* ó *tilmatl*; los ricos también se servían de las esteras para acostarse, y tal vez de pieles de algunos animales; pero usaban sábanas ó colchas de algodón, y se cubrían con telas de la misma clase, de plumas y de palma. Las mesas comunes para comer eran las esteras, y los reyes nobles usaban unos almohadones; tenían servilletas y manteles de algodón; y sus platos eran de barro de diferentes clases y también de oro. Los vasos, eran cascotes de una especie de calabaza que se producía por un árbol de tierra caliente: partido este fruto por la mitad, resultaban dos vasijas iguales, unas redondas que se llamaban *gicali*, hoy jícaras, y otras cilíndricas llamados *tecomatl*. Estos vasos se componían dándoles un barniz permanente.

El único alumbrado de que se servían, era de teas de oco-tl el cual como es bien sabido, da muy buena luz, pero con el inconveniente de producir humo que ennegrece las habitaciones; sin embargo poco uso tenían que hacer de este alumbrado, porque así como cada uno trabajaba todo el día en las tareas que le correspondía, también se daban al reposo todas las horas de la noche.

Para labar sus ropas, en lugar de jabón usaban el fruto del árbol *copajocotl*; quitada la corteza de esta fruta y echada en agua su pulpa, hace espuma y quita las manchas como el jabón; y también usaban el *amolli*, que es una raíz usada todavía en muchas partes.

De la planta de tabaco que era de dos especies, llamadas *picietl* y *cuaxetl*, también hacían uso, unas veces aspirando el humo y otros tomando el polvo por la nariz. Para el primer uso, tenían unos tubos de carrizos bien barnizados, en donde ponían el tabaco mezclado algunas veces con otras plantas olorosas y principalmente con resina de liquidambar; de cuya costumbre ya he dado noticia al hablar de la persecución de Nezahualcoyotl y del reino de Moctezuhzuma II.

A más de los bailes y cantos con que los mexicanos celebraban sus fiestas religiosas y profanas usaban de otros muchos juegos, como el de la carrera y algunos militares, en los que se ejercitaban desde niños para el mejor desempeño de algunas ocupaciones cuando fueran grandes, como la de correos y la peligrosísima de la guerra.

Había otros que solo se empleaban por diversión entre ellos como el juego tan celebrado de los voladores, que lo tenían en muchas ocasiones y principalmente en las fiestas seculares y la coronación de los reyes. Su descripción nos la trae Clavijero en estos términos: «Buscaban en los bosques un árbol altísimo, fuerte y derecho, y después de haberle quitado las ramas y la corteza, lo

llevaban á la ciudad y lo fijaban en medio de una gran plaza. En la estremidad superior metían un gran cilindro de madera, que los españoles llamaron mortero, por su semejanza con este utensilio. De esta pieza pendían cuatro cuerdas fuertes, que servían para sostener un bastidor cuadrado también de madera. En el intervalo entre el cilindro y el bastidor ataban otras cuatro cuerdas, y les daban tantas vueltas al rededor del árbol, cuantas debían dar los voladores. Estas cuerdas se enfilaban por cuatro agujeros hechos en el medio de los cuatro pedazos de que constaba el bastidor. Los cuatro principales voladores, vestidos de águilas, ó de otra clase de pájaros subían con extraordinaria agilidad al árbol por una cuerda que lo rodeaba hasta el bastidor. De este subían de uno á uno sobre el cilindro y después de haber bailado un poco, divirtiéndose á la muchedumbre de espectadores, se ataban con la estremidad de las cuerdas enfiladas en el bastidor y arrojándose con ímpetu, empezaban su vuelo con las alas estendidas. El impulso de sus cuerpos ponía en movimiento al bastidor, y al cilindro; el primero con sus giros desenvolvía las cuerdas de que pendían los voladores, así que mientras más se alargaban, mayores eran los círculos que ellos describían. Mientras estos cuatro giraban, otro bailaba sobre el cilindro, tocando un tamboril, ó tremolando una bandera sin que lo amedrentase el peligro en que estaba de precipitarse desde tan gran altura. Los otros que estaban en el bastidor, pues solían subir diez ó doce, cuando veían que los voladores daban la última vuelta, se lanzaban agarrados á las cuerdas, para llegar al mismo tiempo que ellos al suelo, entre los aplausos de la muchedumbre. Los que bajaban por las cuerdas, solían para dar mayor muestra de habilidad, pasar de una á otra, en aquella parte en que por estar más próximas, podían hacerlo con seguridad. Lo esencial de este juego consistía en pro-

porcionar de tal modo la elevacion del árbol y la longitud de las cuerdas, que con trece vueltas exactas llegasen á tierra los cuatro voladores, para representar con aquel número el siglo de 52 años, compuesto segun he dicho, de cuatro períodos de trece años cada uno.»

Tambien les eran muy comunes otra clase de juegos: como el de ponerse un hombre de espaldas en la tierra y alzando los piés, bailar en ellos una viga arrojándola á cierta altura para volverla á recibir y sostener en los piés: despues la hacía girar con gran velocidad, aun estando un hombre montado en cada una de sus estremidades. Ejecutaban tambien otro juego que en nuestros dias lo desempeñan algunos acróbatas, aunque tal vez con menos destreza: puesto un hombre de pié se paraba otro sobre sus hombros y un tercero en la cabeza del segundo: el primero bailaba al son de la música, el segundo lo acompañaba con algunos movimientos y el último bailaba tambien sobre la cabeza del segundo. Semejante á este ejercicio desempeñaban otros muchos que hacian variada su diversion, y era una de tantas pruebas de su fuerza y de su estremada agilidad.

Pero el mas célebre de todos sus juegos era el del balón ó la pelota que muchos decian habérselos enseñado su dios *Huitzilopochtli*, y que Veytia afirma haber sido su caudillo *Huitziton* que los condujo de su patria de Aztlan y que segun las fábulas de sus tlamacazquis, fué trasformado en su actual divinidad. Para este juego usaban una bola de la goma de un árbol que despues, por la figura de la pelota, tomó el nombre de *Olli ó Uli* de sus verbos *Ollinea* ú *Ollala* que significa moverse al rededor ó redondear. En este juego eran muy diestros y lo jugaban unas veces con la mano, otras con la rodilla, la muñeca ó el codo: las apuestas entre los pobres eran porciones de maiz, ropas de poco valor y muchas veces

la libertad; pero entre los ricos se apostaban trajes de algodón y plumas ó alhajas de oro y piedras preciosas.

Se cuenta del rey Axayacatl que despues de las guerras contra Tlaltelolco quiso vengarse del auxilio que muchos señores habian ofrecido á *Xihuitemoc* señor de Xochimilco y que habia sido de los aliados del infortunado rey Tlaltelolque: despues del triunfo se vió precisado á ir á Tenóxtitlan para fingir su felicitacion al rey, el cual buscando ocasion para hacer sentir su enojo á *Xihuitemoc*, lo desafió á jugar una partida de pelota, poniendo de apuesta las rentas del lago contra las de la ciudad de Xochimilco: el señor de este estado se resistia, conociendo el lazo que le ponía el astuto rey; pero teniendo al fin que ceder, se jugó la partida y la perdió Axayacatl: *Xihuitemoc* renunció la ganancia, creyendo con eso escapar la vida; pero el rey no lo consintió y dió orden á los recaudadores para que se las entregaran. Estos viles empleados sabiendo cual habia sido la intencion del rey, hicieron dar muerte á *Xihuitemoc* cuando regresaba á Xochimilco.

Tambien refieren los historiadores que Moctezhuma II. y Nezahualpilli jugaron tambien una partida célebre por su apuesta de la cual me ocuparé en el capítulo siguiente, lo mismo que de otros acontecimientos semejantes.

CAPITULO VIII.

Presagios de la guerra con los españoles.

Con este epigrafe escribe Clavijero un párrafo, donde da cuenta de algunos hechos que llama «Presagios,